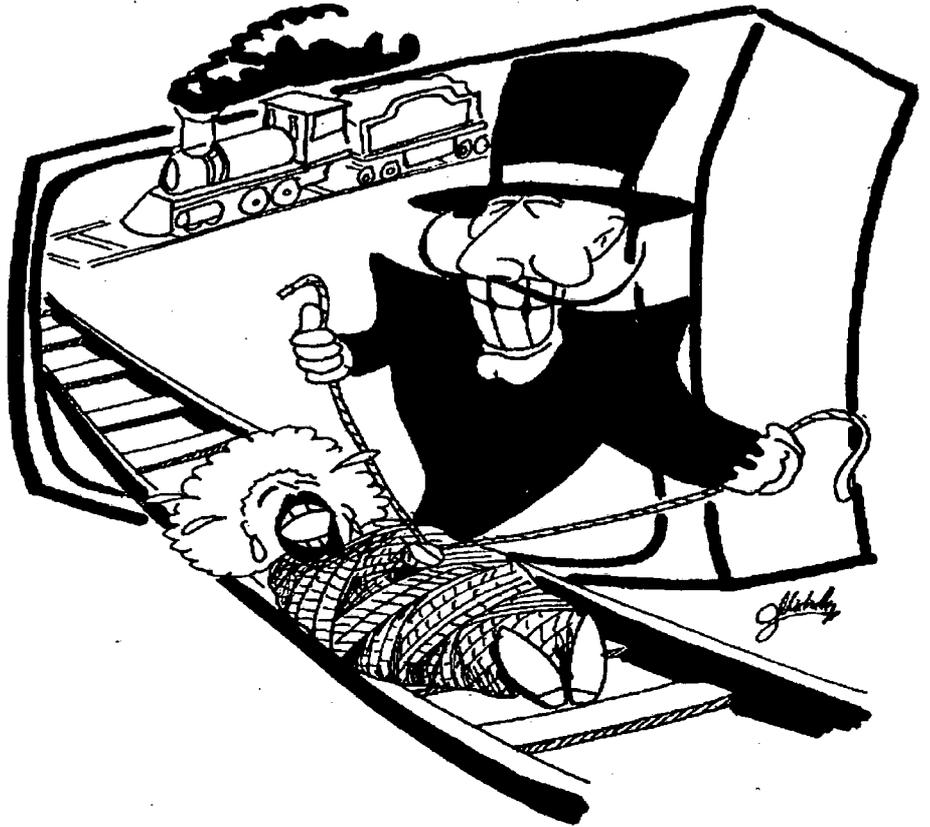


La telenovela, el viejo melodrama que nunca muere

Delia Fiallo

Para hablar de la telenovela, hay que ponerse romántico. Empecemos entonces con una frase hermosa de los viejos cuentos... «érase una vez»... hace muchísimo tiempo, antes de este siglo XX en el que creemos haberlo descubierto todo, existieron los «creadores de fantasía» y fueron ya entonces un fenómeno social. En un momento cualquiera de la vida de una comunidad alguien se puso a narrar, a cuenteo. Y un auditorio se reunió para escucharlo. ¿Qué narraba el cuentero? Lo que pasaba a su alrededor, y los que le escuchaban se veían retratados. Era como un espejo. Aparecieron después los cuenteros sofisticados de máscara y coturno, los juglares, los romanceros ambulantes. Más adelante vinieron Shakespeare, Corneille, Racine, Molière, Lope, Calderón, Moratín, Zorrilla. Surgió el teatro moderno, el cine, hasta que finalmente un señor Blaird inventó una pantalla chiquita que estremeció a todos los sistemas de comunicación social del mundo y se instaló como inquilino perpetuo: la televisión. Con la televisión surgieron las telenovelas, que al igual que el cuentero narraban la vida que veían alrededor. Y los televidentes se sintieron retratados en las tramas y personajes que aparecían en sus pantallas. Y era como un espejo.

A estas alturas cabe apuntar que al final de un impresionante cúmulo de críticas, ataques, discusiones, análisis y estudios acerca de este género que tan rápidamente se arraigó en el gusto popular, se ha llegado a la conclusión de que precisamente una de las razones del poder de penetración de la telenovela es su capacidad



para reflejar, más o menos acertadamente, una realidad cotidiana. Por supuesto, ha habido gran curiosidad por conocer cuál es el secreto, de qué manera se logra captar al receptor e inducirlo a continuar viendo un discurso televisivo largo y fragmentado... dónde reside el encanto, la fascinación que la telenovela produce en millones de espectadores. Prescindiendo de las conclusiones valiosas producto de la Semiología, voy a ceñirme al resultado de encuestas populares, las cuales arrojan las siguientes respuestas: «Me gustan las telenovelas porque son reales»...»Porque presentan los problemas de la vida»...»Porque en ellas se muestran las cosas que son de la realidad... «Porque en ellas pasan cosas que les pueden pasar a cualquiera, hasta a mí»...O

como dijo un periodista: «Es un drama tan simple, que a veces el tele-espectador tiene la impresión de estar viendo las escenas cotidianas de un vecino». O para resumir, cito las palabras de Jesús Ibáñez, Catedrático de la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense: «Las conversaciones de «Cristal», son las mismas que tienen lugar en el mercado, entre el ama de casa y el carnicero». Esto nos lleva a citar la definición de Stendhal, la cual decía que «una novela es como una mirada a lo largo del camino», nos plantea el concepto de «verosimilitud», el cual según Aristóteles alude a dos modalidades de la relación de la obra de ficción con algo exterior. Una, adecuar el texto con lo que los receptores «creen» que es la verdad. Otra, adecuar la obra a las reglas del géne-



ro, de cualquier género determinado. El contenido de la telenovela siempre plantea una visión del mundo, un sistema compuesto por valores positivos y negativos, pero debe hacerlo de acuerdo a su forma específica, de acuerdo a sus códigos, porque si no perdería el «efecto telenovela», es decir, su capacidad de penetración social, absolutamente demostrada en relación a otros tipos de discursos sociales.

A la hora de sentarse a trabajar, el escritor de telenovelas puede hacerlo tomando distintos criterios. Uno, decidirá respetar el género, y aun con la sensación de que ya todo está hecho, tratar de ser creativo. O preferirá plagiar otras obras, lo cual es más cómodo. O asumirá una actitud crítica frente al género, intentando cambiar su esencia básica. Esto último lo considero un grave error, porque a la telenovela hay que aceptarla tal cual es, y cualquier innovación de sus estructuras básicas constituye un experimento riesgoso. Según Teodorov, en las comunicaciones de masas, la mejor obra es la que más se adecúa al género, la que menos se aparta de él. Mientras, en otras formas de comunicación, por ejemplo, la literatura, la mejor obra sería la que introduce rupturas en el género. Esta afirmación parece un concepto estilista de la cultura, pero en mi opinión se debe aceptar el carácter

específico de la telenovela y tener muy en cuenta para quien se escribe, lo que este público prefiere y necesita y lo que es capaz de comprender. Al menos estoy emitiendo un criterio honesto, reconociendo la verdad incontrastable de que estamos moviéndonos dentro un vehículo comercial. En la creación televisiva hay un intento del emisor para influir sobre el receptor y es necesario que el receptor perciba la existencia del mensaje para que éste sea efectivo. El mensaje se da con una fuerte carga emocional, tratando de establecer y mantener el contacto con el espectador, es lo que se llama un discurso phatico, y no podría ser de otra manera. Usar un medio de masas y no preocuparse de las audiencias sería un contrasentido. Cabe decir que en muchas partes, la telenovela ha arrastrado mala reputación, por su deliberada intención de conmover hasta las lágrimas. Y las lágrimas se van haciendo ridículas ante el avance de una sociedad mecanizada, fuerte y reprimida. En fin, sean lo que sean, llamados culebrones, cultura de masas, fenómeno sociológico, puro negocio empresarial o simple divertimento, el acontecimiento está en la audiencia que exige y quiere ver reflejada en la pantalla cosas que se aproximan a su vida cotidiana.

Aparte de sus lejanas raíces juglarescas, todos sabemos que la telenovela se inspira en los grandes folletinistas del siglo pasado como Balzac, Galdós, Dickens, Stendhal, Víctor Hugo, Dumás, Tolstoi, las hermanas Bronte, y otros. Fue el pueblo, más que la crítica culta, quien le dio la gloria a la narrativa de aquella época. Desde siempre, las manifestaciones de gran arte para la ágora, para los estadios. Debemos recordar que el teatro moderno tiene sus antecedentes en aquellos «pasos» presentados en tablados populares, y que la novelística moderna empezó con las novelas detectivescas de Conan Doyle. En realidad en 1830, al cobrar fuerza la novela social en Inglaterra y en Francia, la literatura se democratiza, deja de ser elitista, y los temas domésticos captan al

lector medio, porque él se siente identificado con esos temas. Es entonces cuando surgen las narraciones episódicas y por entregas, como «La Cabaña del Tío Tom», la cual es el antecedente más cercano de la telenovela actual. En nuestros tiempos, la televisión reemplazó como medio de entretenimiento casero a la antigua novela, y la telenovela fue para la mass media del siglo XX lo que la novela por entrega fue para la burguesía del siglo XIX.

Aunque Charles Dickens dramatizaba sus novelas ante un público usando diferentes voces, y Mark Twain tenía por costumbre declamar sus cuentos, la primera manifestación del género en América fue la soap-opera, originada en los Estados Unidos por los años veinte en seriales radiales diurnos. Más tarde la telenovela radial dio paso a la telenovela por televisión transmitida diariamente en horas de la tarde y triunfalmente instalada después en horarios nocturnos, donde el género culminó en producciones tan avasallantes como Dallas y Dinastía.

Fue Cuba la continuadora, y el género tuvo un curioso antecedente en los «lectores de tabaquería», quienes para entretener a los obreros mientras torcían y despalillaban las hojas del tabaco, leían las novelas melodramáticas y románticas más famosas, siguiendo la preferencia de su auditorio. La radio empezó en 1922, y en 1928 una emisora, Radio Salas, inició la transmisión de un ciclo de zarzuelas; la primera fue «Los Molinos de Viento». Surgieron después otros espacios como: «La Hora de la Farmacia Joffre», «La Hora múltiple» el «Radio Teatro Ideas Pazos». Se limitaban todavía a adaptaciones de obras de teatro, musicales y comedias y se pagaba un peso a los artistas por la actuación. Recuerdo también «La Novela del Aire», cuya inolvidable presentación decía así: «Abrense las páginas sonoras de la novela del aire, para brindar a ustedes la emoción y el romance de un nuevo capítulo»; me vienen a la memoria grandes éxitos, como «Ave sin Nido», «El Collar de Lágrimas», y los nombres de las

estrellas de aquella época: María Valero, Ernesto Galindo, Carlos Badía, Juan Lado, Marina Rodríguez, Marta Martínez Casado, quien protagonizaba «La Novela Palmolive». Y por supuesto, el maestro de los maestros del género, Félix B. Cagnet, conquistó grandes éxitos con series radiales como «Chan Li Po», «La Serpiente Roja» y más tarde su obra maestra, «El Derecho de Nacer», inmovible al paso del tiempo. Otras destacadas autoras de la novela radial, fueron Caridad Bravo Adams, Inés Rodena, Hilda Morales de Allouis, Aleyda Amaya, Dora Alonso, Olga Ruilópez, Iris Dávila, y no ...puedo omitirme, yo... Ahí fueron mis inicios.

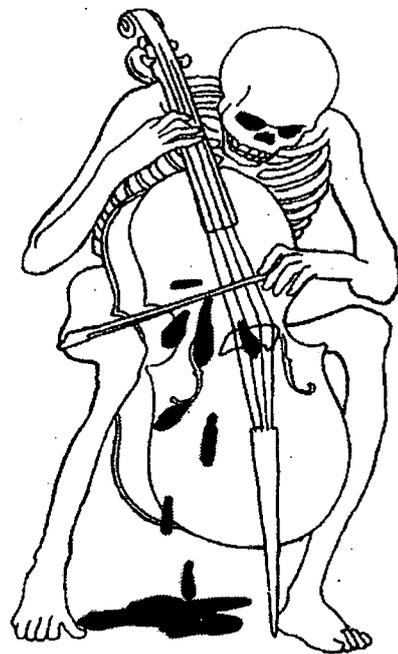
La televisión entró en Cuba allá por el año 50. Al principio los programas dramáticos eran unitarios. Recuerdo «Fab por el Mundo» «El Humo del Recuerdo», «Estudio 15», «Miércoles de Amor Palmolive», escrito por mí. Pero definitivamente en el año de 1952, en CMQ, a la una de la tarde, se inició un programa llamado «La Novela en Televisión». El primer título fue «Senderos de Amor», escrito por Mario Barral, protagonizado por Adela Escartín y Armando Bianchi, y contaba con 52 capítulos de continuidad. Esta fue la primera telenovela escrita en Latinoamérica. Y que se despejen las dudas que existían, fue Cuba la que se lleva la pena y la gloria. Posteriormente, en el 57, fui yo la segunda autora cubana que escribió la novela de continuidad, en el programa «Miércoles de Amor Palmolive», en el espacio estelar de las nueve de la noche, teniendo como protagonistas a Gina Cabrera y Alberto González Rubio. La primera serie, como experimento constaba de 16 capítulos y se llamó «Hasta que la muerte nos separe». Las siguientes «Soraya» y «Cuando se quiere a un enemigo», llegaron a los 90 capítulos. Y ya afianzando el género en su horario, vinieron dos telenovelas de ciento y pico de capítulos y gran éxito, «Lidia Sandoval» y «El Angel Perverso», la última más conocida por ustedes con el nombre de «Lucerita».

En Venezuela, la primera autén-

tica novela de continuidad se llamó «La Criada de la Granja», pero las informaciones recogidas permiten afirmar que hasta el año 1958, las series duraban solamente entre 20 y 25 capítulos, de quince minutos cada uno. Ya en el año de 1959, la telenovela «El Tirano Aguirre», transmitida por el Canal 4 a las ocho de la noche, llega a los 60 capítulos, dentro de un espacio denominado Telenovela Venezolana. En este mismo año salió al aire una serie de 127 capítulos, la cual obtuvo gran éxito, llamada «Todos fuimos culpables», escrita por Enrique Jarnés, protagonizada por Tomás Henríquez, Carlos Márquez y Yolanda Méndez.

En México la primera telenovela salió al aire en el año de 1958. Se llamó «Senda Prohibida», tuvo 50 capítulos y fue escrita por Fernanda Villeli. Sus protagonistas fueron Julio Alemán, Bárbara Gil y Silvia Derbéz.

En la Argentina, tengo entendido que la producción de telenovelas empezó sobre los años 60, entre sus primeras series se encuentran las obras «El amor tiene cara de mujer» y «Cuatro hombres para Eva». Entre los autores más destacados del género, en aquella época, están Nené Castelar, Abel Santacruz, Alberto Migré, Delia González Márquez y, posteriormente, Celia Alcántara, autora de la célebre "Simplemente María". Toda esta gente que acabo de nombrar para hacer esta reseña histórica de la creación televisiva, fueron pioneros y primeros mártires del género. Porque cuando se habla de telenovelas, hay que hablar de sus destructores. A nuestras obras se les llama ofidios, bodrios, banales, cursis, alienantes y algo más que se le juzga en una forma divertida y burlesca. Viste bien decir que no se ven las telenovelas, parece una actitud muy culta, muy refinada no ver telenovelas, aunque muchos de estos críticos se conocen todos los incidentes de cada capítulo y viven pendientes de cuando a la malvada se le va a descubrir el secreto que oculta. Son gente que vive atada a viejos esquemas culturales. Gente que no baila pegado «Quiéreme mucho»,



que no canta «El Rey» cuando se pasa de tragos, que no llora cuando oye «Adiós muchachos compañeros de mi vida», que no sacude el cuerpo con «Óyeme Cachita», que no se le va el alma en un «cante jondo».

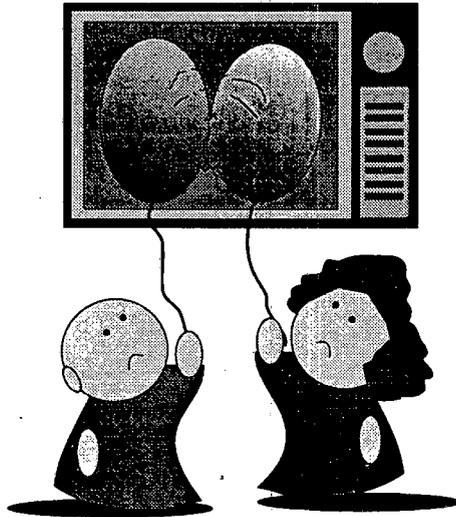
Estos aristócratas de la cultura se mantienen fieles a la ópera y a las obras selectas para minorías, defienden la pureza del idioma y en algunos lugares, como en Venezuela, han llegado a conseguir con sus ataques al medio, que el gobierno llegue a considerar la posibilidad de estatizar la televisión, para convertirla en un vehículo que culturice al pueblo.

No entiende esta gente que todas esas especies populares citadas anteriormente, a veces despreciadas y escarnecidas, forman parte también de nuestra cultura. No entienden que ya resulta anticuado encerrar el concepto de cultura dentro de cánones rígidos y pensar que «cultura» es sólo aquello que pertenece a las artes tradicionales, como la pintura, la escultura, la música clásica y la alta literatura. Cultura más bien es el producto intelectual, material y espiritual de esa dinámica humana colectiva que generan los grupos sociales. Aportes a nuestra cultura pueden ser también una cuña de televisión, una crónica deportiva, los modismos de los estudiantes, las historias de aparecidos de los campesinos, el cancionero anónimo. Porque

el acerbo popular es especialmente rico. Incluso, el lenguaje televisivo, al cual tanto se critica, es sencillamente una forma de hablar directa, con muchos giros y expresiones populares, las cuales resultan grandes renovadores del idioma. Claro que cada cual tiene su concepto particular de lo que es «cultura», el peligro empieza cuando ese concepto rebasa los límites individuales y pretende erigirse en norma colectiva. Particularmente yo no concibo una política dirigista en materia cultural. No creo que se pueda legislar sobre la fe, ni sobre el amor, ni sobre la cultura. Cuando algo se encasilla pierde su más profunda libertad. Además, se imaginan ustedes lo que sería un Ministerio de la Cultura. Resulta pavoroso pensarlo.

Pero hay que tener paciencia. La telenovela es el último género literario, (nació por los 50, sólo 40 años de vida), y el tiempo es gran catalizador. Por ejemplo, «El Quijote» fue combatido en su época, Balzac fue minimizado, Van Gogh no pudo vender un cuadro en su vida, el arte africano antes ignorado ahora tiene un valor estético. Al menos ya resultan culturales el bolero, el tango, las rancheras mejicanas, Pedro Navaja, las rumberas de los 40, las películas de Libertad Lamarque, Anita la Huerfanita, Drácula. Gabriel García Márquez viajó a Cuba a preguntarle a Caignet el secreto de su éxito. Y Jorge Amado, reconocido hombre de letras brasileño, declaró en una entrevista: «Sería demasiado clasista pensar que son tontos los 200 millones de personas que ven una buena telenovela en todos los países del mundo».

Andando por este camino de la injerencia gubernamental en la creación televisiva, voy a leer un párrafo del cual es autor un ensayista cubano, quien publicó un estudio sobre radio novelas en 1990, titulado «Llorar es un placer». Dice así: «La intención doctrinaria de las autoridades culturales cubanas por borrar la herencia de Félix B. Caignet, fracasó. Dejó unos patéticos forcejeos donde, tras el ropaje proletario y miliciano, se observa el lagrimal repleto.



Como los creadores serios del país rechazaban los dogmas del realismo socialista, propuestos por la oficialidad, la intención se frustró». Esa fue una de las razones, entre tantas, por la que yo me fui de Cuba. Ya había tenido dos problemas. El primero, con mi telenovela «México indómito», por la que me acusaron de hacer contrarrevolución y me llevaron a un juicio disciplinario, obligándome a terminar la historia en cinco capítulos, revisados por un censor. El segundo, como castigo me dieron un programa de adaptación de cuentos infantiles y también fui acusada de hacer contrarrevolución porque en «Aladino y su Lámpara Maravillosa», un genio frotaba una lámpara y aparecía una mesa repleta de deliciosos manjares, y ellos estimaron que yo quería significar que en Cuba se necesitaba un «genio» para que hubiera comida. Esto ahora parece risible, pero explica que yo no abandoné mi patria por falta de tocina, sino porque no quise convertirme en una escritora panfletaria al servicio de un sistema cuyas ideas no compartía, no quise vestir a mi heroína de miliciana y que en vez de soñar con el amor soñara con una posición en el partido. No quise contribuir en un proceso de imbecilización colectiva, lavándole el cerebro a un pueblo con mensajes que iban contra la condición humana.

Bien... en todas partes de América, Europa y Asia, Países Arabes, Rusia; de lunes a viernes, hay millones y millones de personas, que gozan cotidianamente viendo telenovelas. De todas partes nos llegan noticias. Leo fragmentos de ellas publicadas en diarios. Uno dice: «José Moralla, delegado provincial de Salud de la Junta de Andalucía se lamenta de esta influencia (se refiere a «Cristal») y dice que es increíble que este culebrón haya podido sensibilizar más en la prevención del cáncer de mama, que el programa Europa Contra el Cáncer, y todo lo que supone el esfuerzo profesional y los millones de pesetas en inversiones para divulgarlo». Lo raro es que este señor se lamenta de que «Cristal» haya llevado a miles de mujeres a un chequeo médico el cual pudiera salvar sus vidas. Por lo menos algo tendríamos que agradecerle a Inocencia. Otra: «En Sevilla una familia se tuvo que ir a veranear a Mallorca sin la abuela, quien se quedó sola en el pueblo para no perderse un capítulo de «La Dama de Rosa», pues nadie pudo convencerla de que un cable de televisión pasaba por encima del mar». Otra: «En Moscú los trabajadores de la red de agua potable, sorprendidos por los reventones de tuberías a una hora dada, descubrieron que era por el aumento de la presión en las cañerías durante la transmisión de la novela «Los Ricos también lloran», pues los grifos permanecían durante todo ese tiempo cerrados.

O sea, que pese a los ataques enconados y a los feos augurios, la telenovela más lozana que nunca, marcha adelante con su carga de sueños y de ilusiones, su fantasía, su alentador estereotipo acerca del bien y del mal, sus finales felices. Le queda mucho camino por recorrer todavía, porque el viejo melodrama sobrevive. Porque sus autores son gente que hablan al corazón, al alma... al sentimiento.

* Conferencia dictada para la Universidad de Salamanca, el 30 de julio de 1992, publicada en la revista *Todos*, junio, 1993.